

## Tiempo de liberales y carlistas.

[http://www.comarcas.es/pub/documentos/documentos\\_Liberales\\_38af3a95.pdf](http://www.comarcas.es/pub/documentos/documentos_Liberales_38af3a95.pdf)

Al Trienio Liberal, iniciado con el pronunciamiento de Riego en 1820 y terminado con la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis en 1823, haciendo uso del «principio de intervención» aprobado en el Congreso de Viena (1815), le sucedió la *década ominosa*, momento en que el absolutismo, aun quitándose alguno de sus lastres más pesados, volvió a campar por sus respetos.

Lo que se iba percibiendo era, sobre todo, la inviabilidad de un proyecto común de convivencia entre liberales y absolutistas a ultranza. Con la Pragmática Sanción de 1830, en virtud de la cual se derogaba la ley sálica y se facultaba el acceso de Isabel II al trono, se creó un pretexto dinástico para un enfrentamiento entre los partidarios de la revolución liberal, o *isabelinos*, el bando carlista hubo una primera etapa de liderazgo comandada por Carnicer, dirigente nacido en Alcañiz en 1798. Carnicer acabaría siendo fusilado, en un oscuro episodio, en abril de 1835, quizá a manos de los propios carlistas de Cabrera, que nunca lo vieron con simpatía.

Entre los jefes de la insurrección eny los defensores de la contrarrevolución, o *carlises* Bajo Aragón figuraba también Joaquín Quílez, teniente retirado de Samper de Calanda y experto militar que había participado ya en el Cordón durante la Guerra de la Independencia. A raíz del nombramiento de Cabrera como comandante general de las tropas de Aragón y Valencia en marzo de 1835, se revitalizaron las partidas carlistas en la zona. El Tigre del Maestrazgo emprendió un proceso de organización e institucionalización de las filas carlistas y estableció en Morella y en la fortificada Cantavieja sus cuarteles generales y sus centros de operaciones. De tal forma que Cabrera atacó tierras del Bajo Martín en junio de 1837. Madoz nos cuenta en su Diccionario que, en plena refriega por Samper, una gran tormenta y un rayo segó la vida del secretario personal de Cabrera, Tomás Caire. Joaquín Andreu, otro de sus ayudantes, quedó malherido en el suelo, a pocos metros del paralizado y deslumbrado Cabrera.

El cronista E. Flael médico llegó a las inmediaciones de Samper, cuando ya el general había derramado copiosamente sangre por boca y narices, lo cual acaso le libró de un ataque al cerebro, y había recobrado el aliento. Dispusieronse camillas, y montado en un pacífico mulo y sostenido por su cocinero y su asistente, se pusieron todos en marcha hacia la villa de Híjar. Poco a poco se fue despejando a beneficio de dos sangrías.

En Híjar se preparó un carro de colchones, donde le acomodaron lo mejor posible. Andreu continuaba en una camilla y el cadáver del desventurado Caire, previo al reconocimiento facultativo, fue enterrado en el cementerio de aquella villa. Era el 15 de junio de 1837. Como si el incidente atmosférico se tratase de un signo evidente de

maleficio y de efectos sobrenaturales, Cabrera abandonó el cerco y aplazó sus correrías hasta casi un año después.

En marzo de 1838, Cabrera decidió apoderarse de Calanda y, después, adueñarse de Samper.

Los ataques carlistas acarrearón la destrucción del casco amurallado y del castillo. La iglesia parroquial, por su monumentalidad, su altura y su ubicación estratégica junto al castillo, fue convenientemente aprovechada como escudo de defensa. Varias casas fueron incendiadas, como la del alcalde y otros regidores, que habían irritado a Cabrera con sus negativas o su silencio ante la petición de raciones.

Toda la guarnición liberal quedó apresada y llevada cautiva a Morella y Cantavieja. Sin embargo, otros testimonios más cercanos al bando carlista, como el del mencionado E. Flavio, insisten en que la rendición se llevó a cabo sin disparar un tiro y «no nos ha costado ni una gota de sangre», según relató en 1870. Lo que sí hubo, además de los prisioneros mencionados, fue incautación de fusiles, cartuchos y otros efectos.

La repercusión de la guerra sobre la vida cotidiana de las gentes del Bajo Martín fue notable a través de reclutamientos y aportaciones personales. El gobernador militar de Alcañiz, casa por casa para que nadie alegara ignorancia, exigió a los vecinos de Híjar, Urrea, Albalate o Samper su colaboración en labores de fortificación. Se pagaba en trabajo o se pagaba en dinero, de acuerdo a las siguientes conversiones:

- 9 reales por carro,
- 4 reales por caballería mayor,
- 3 reales por caballería menor y
- 2,50 reales por persona.

Al final, el poder carlista en el Bajo Martín empezó a diluirse, como en el resto de Aragón, desde el momento en que comenzó a fraguarse una solución pactada a la contienda en las provincias del Norte, pacto que acabaría tomando forma en el Convenio de Vergara, sellado por Espartero y el general carlista Maroto. Cabrera no aceptó la rendición de las provincias norteñas, pero a partir de aquel momento la suerte de la contienda ya estaba echada. Cabrera continuó las escaramuzas por su cuenta en el Maestrazgo, hasta ser aniquilado en los primeros meses de 1840. La reina regente María Cristina, y después su hija Isabel, se enfrentaron a otro problema fundamental, una vez superada la guerra: la creación de un marco institucional que permitiese llevar a buen puerto la instalación de un régimen liberal.

De momento, era la Corona quien elegía al Jefe de Gobierno, y siempre elegía a los moderados. La consecuencia de este proceder sobre la oposición nunca llamada al poder fue el retraimiento progresista y el pronunciamiento militar. Hubo, pues, sistemas «legales» de acceso al poder, vía decisión de la reina y elecciones por sufragio censitario, y sistemas «ilegales» a través del pronunciamiento militar o el

motín urbano. Y así hasta la década de 1860, en que finalizaron las públicas alabanzas a la figura de Isabel II. Y es que la Corona no supo colocarse por encima de los intereses partidistas y, al no contar para nada con el partido progresista, impulsó a éste y a amplios sectores de población a las posiciones antidinásticas de los demócratas.

Finalmente fue destronada la reina en septiembre de 1868, quedaron constituidas Juntas Revolucionarias.

Al grito de libertad se publicó un bando, todavía conservado en Samper, donde además de ordenar «echar al vuelo las campanas, se autorizaba a unos cuantos vecinos a usar armas para acudir a cualquier llamamiento que se les hiciera». El uso de armas por personas no autorizadas, y especialmente de noche, se consideraría como ofensivo al Gobierno. El bando comenzaba diciendo que «el grito de libertad, cual chispa eléctrica, se ha extendido por todos los ángulos de nuestra oprimida Patria, y no podía menos de hacer eco en nuestros oídos». La Junta Revolucionaria reasumía en los pueblos del Bajo Martín las facultades que tenían a su cargo los anteriores ayuntamientos, insistiendo en que la propiedad sería absolutamente respetada y en que cualquier resistencia a las Juntas sería conceptuada como desacato a la autoridad.

Pronto se consideró, sin embargo, que las cosas habían llegado demasiado lejos como la revolución de La Gloriosa. Por los pueblos del Bajo Martín La reproducción del conflicto carlista llegó también a territorios del Bajo Martín. En agosto de 1873 varios vecinos de Samper fueron secuestrados en Alloza por una partida de carlistas, que exigió un rescate en metálico para recuperar a los vecinos de casi 3.500 escudos, una cantidad bien respetable para la época. Todavía más importantes eran los 10.000 escudos que el comandante de Híjar amenazaba hacer pagar a los padres de los mozos del Bajo Martín. Pero a estas alturas los vecinos de la zona estaban cansados de tanta guerra, de tanto sufrimiento, de tanto sobresalto... Las raciones de carne y de vino a las tropas, o de paja larga de trigo para las camas de los soldados, impidieron destinar el dinero a la traída del telégrafo a los pueblos.

Todos comenzaban a anhelar y a buscar la estabilidad política. Hubo fiesta en los pueblos del Bajo Martín cuando en marzo de 1876 el Gobierno declaró terminada la guerra La tradición ferroviaria en el Bajo Martín parece arrancar, remotamente, cuando en 1841 se fundó una Junta especial de Carreteras y Ferrocarriles en Alcañiz, bastante antes de que entrase en funcionamiento la primera línea férrea en la Península Ibérica, la Barcelona-Mataró. Uno de los vecinos más ilustres de Samper, León Cappa, alcalde de la villa durante la década de 1860, consiguió en 1857 la primera concesión para un ferrocarril en Teruel: la línea Gargallo-Escatrón.

Por las mismas fechas, edificó en Zaragoza, concretamente en la llamada «carretera de Castellón», la estación de ferrocarril Finalmente, en 1879, comenzaron las obras del

Val de Zafán, al que dio nombre un paraje situado a dos kilómetros de La Puebla de Híjar. El Real Decreto, firmado también por el ministro de Fomento, declaraba de servicio general «el ferrocarril que, arrancando de Val de Zafán y pasando por la ciudad de Alcañiz, termine en San Carlos de la Rápita». La expectación que levantó el proyecto y la presencia del rey Alfonso XII inaugurándolo en 1882 se expresaba unos años más tarde en la *Mesa Revuelta* de Eduardo Taboada. Tras echar una espuerta de tierra en Val de Zafán, Alfonso XII comentó: riel que hoy conocemos como «de Utrillas». ...el rey D. Alfonso XII, acompañado del Presidente del Consejo de Ministros don Práxedes Mateo Sagasta y del Ministro de Fomento D. José Luis Albareda, inauguró las obras del Val de Zafán, las cuales se suspendieron el mismo día en que fueron comenzadas.